

3. Los asturianos

Cangas de Onís, 8 de noviembre de 1838

Conforme, mi querido amigo, al plan de viaje que me había propuesto cuando te escribí desde Palacios del Sil, he recorrido todo este país, y si contento estuve en las montañas de León, a fe de hombre de bien que no lo estoy menos de mi correría por esta antigua y nombrada tierra.

Supongo que no aguardarás noticias tan menudas y circunstanciadas acerca de este país como las que te di sobre las Babias y concejos circunvecinos, porque ya deberías conocer que el presente cuadro excede las dimensiones de una carta y mal puede contenerse en tan estrechos límites. Hay, además, notables diferencias entre las naturales divisiones de terrenos en que está repartido este glorioso rincón de España, para sujetar sus usos y costumbres a una pauta inflexible y general. Así que, cuanto te dijere de él, antes lo has de juzgar propio del distrito desde donde te escribo, que rigurosamente aplicable al resto del Principado.

Este país está principalmente dividido en montaña, llanura y marina. Las costumbres, industria, recursos naturales y aun trajes del primer terreno tienen mucho de común con los del Sil para que me detenga en trazártelos con prolijidad y detenimiento, pero no vayas a figurarte por eso que son absolutamente iguales, porque, en realidad, no son pocas las diferencias que los separan.

En la llanura ya se notan algunas diversidades, que han producido la naturaleza del terreno y la mayor proximidad al litoral. Las cosechas son más abundantes y el clima más suave y benigno. Redúcense las primeras a maíz, trigo, aunque en corta porción, escanda, frutas delicadas de mil clases, avellanas, nueces y castañas. La manzana es tan abundante que no sólo se consume, y extrae mucha, sino que también de su jugo se hace la sidra, producto de suma consideración en el país.

La marina, que también disfruta de los regalos de la llanura, amén de otras que su templado clima le proporciona, cuales son naranjas y limones, es un país delicioso y pintoresco en sumo grado, sembrado de



bonitas y bien situadas poblaciones, y más rico y comerciante que lo demás del Principado.

Difícilmente hallarás en ninguna geografía la división que te acabo de hacer de esta tierra; pero como cumple a mi propósito, y no escribo un artículo geográfico y estadístico, sino una carta de amigo, no me he parado en pequeneces. Y digo que cumple a mi propósito, porque en las montañas se conserva mucho de la antigua sencillez, y aun pudiéramos añadir rudeza, al paso que su declive y el litoral entero ofrecen ya algunas de las variaciones y mudanzas que, gracias a la mayor facilidad de comunicaciones, ha ido introduciendo el impulso de la civilización, cada día más poderoso.

Por lo demás, las costumbres del país son sencillas, apacibles y risueñas como las de todas las tierras montuosas en que la vida pastoril ha dominado largos años y en que ha dejado un cierto sabor de patriarcalismo y de inocencia. Yo, por mi parte, no tengo sino muchos motivos de agradecimiento, porque donde quiera he sido acogido y hospedado con muy buena voluntad y esmerado obsequio. Ya sabes cuán apasionado soy de nuestro deslumbrante y magnífico Mediodía, con sus mujeres morenas, sus bosques de naranjos, sus ruinas árabes y su tersa y cristalina mar. Pero te confieso que en estos retirados climas he hallado sensaciones, si no tan turbulentas y tan vivas, por lo menos más gratas y apacibles.

Fuerza es confesar que aquél es el país del entusiasmo y de la imaginación, pero en éste el corazón se espacia y desenvuelve con más vigor y, a falta de maravillas y pompas, vienen a asediarle un tropel de afectos vagos, dulces y melancólicos, que llenan de sentimientos hasta entonces ignorados sus más íntimos repliegues. Pero, dejando a un lado semejantes metafísicas, porque recuerdo que no les eras demasiado aficionado, procuraré darte una idea de las cosas de más bulto que he echado de ver en mi viaje.

No te hablaré de las brañas, donde suben a veranear los pastores con su ganado en los meses de calor, porque en poquísimo o en nada se apartan de las de las montañas de León, que ya conoces; pero no fuera justo pasar en silencio una costumbre propia y peculiar de este país y



que descubre bien a las claras el fondo de apacibilidad y de dulzura que se observa todavía en la vida de los campos.

Cuando llega la recolección del maíz, en lugar de arreglar cada labrador su cosecha como mejor pudiere, convida a todos sus vecinos y amigos a la *esfoyaza*, operación que se reduce a despojar las mazorcas de maíz de parte de sus hojas (tarea confiada a las mujeres) y a trenzarlas en seguida y hacer manojos de ellas (cuidado destinado a los hombres) para ponerlas donde se puedan secar y molerlas en seguida. Bien podrás conocer que en semejante reunión entra por más el regocijo y la holganza que la labor de que es objeto; así es que el remate de la fiesta es un estrepitoso baile, acompañado de una especie de colación llamada *garulla*, compuesta de avellanas tostadas, nueces, castañas asadas, sidra y toda clase de frutas; aunque en otros sitios se reparten, además, pedazos de pan. Mejor que yo te lo explicarán estos versos bables, así llamados por estar escritos en el dialecto del país:

Era d'octubre la noche postrera
y acabóse temprano la esfoyaza:
había de ablanes una goxa entera,
peres del fornu y gachos de foyaza;
y atizaban el fuego con tarucos
fartos de reblincar los rapazucos⁹¹.

Como son poco difíciles no me tomo el trabajo de traducírtelos, pero el cuadro de esta doméstica función está trazado en ellos de una manera tan sencilla como completa y por eso te los he copiado.

Uno de los espectáculos más característicos del país y que más a las claras descubren su fisonomía son las infinitas romerías que por todas partes se celebran, a las cuales acuden gentes de muchos concejos de alrededor, y que suelen ofrecer un cuadro lleno de vida y de movimiento. Las más célebres y concurridas son las de la Virgen de Covadonga, a dos leguas de esta villa; la de Nuestra Señora de la Cueva,

⁹¹ La copla es en bable o asturiano, con algún error de tipografía. Corregimos 'hablanes' por 'ablanes', avellanas; y 'gocha' por 'goxa', olla. *Gachos de foyaza* son pedazos de borona o pan de maíz, y *tarucos*, las mazorcas desgranadas. Algunas ediciones leen 'rebrincar', *lectio facilior*, donde el original del *SPE* es fiel al asturiano 'reblincar', saltar o brincar. [N. del ed.].



en la inmediación de la villa de Infiesto; los mártires de Valdecuna, en el concejo de Lera, y, más que todas, las de Nuestra Señora del Remedio, en el concejo de Nava.

La primera es de tanta devoción en el país, como de nombradía y fama es en nuestra historia el suceso que allí se celebra y solemniza. En aquel sitio agreste y enriscado ofreció el valeroso don Pelayo batalla a los sarracenos y, después de pelear denodadamente, los desbarató con la ayuda de la Virgen Santa, que hacía volver contra sus enemigos las propias flechas y que desplomó sobre ellos además la mitad de un monte. La colegiata que en memoria de aquel milagro se fundó está al pie de una escarpada y altísima montaña y en su vecindad se celebra la romería.

El santuario de Nuestra Señora de la Cueva es vistoso y rústico por extremo, porque debajo de una roca enorme presenta el espectáculo de tres capillas, dos de ellas con sus respectivas sacristías, dos ermitas para viviendas de ermitaños, una casa de bastante altura con corredor y dos establos para ganado, todo lo cual da a una plazuela bastante espaciosa. Por encima de la peña tiende su gayo tapiz una fértil pradera, por la cual he visto triscar blancos corderillos que con sus balidos, a veces, acompañaban los sagrados cánticos que resonaban debajo de sus pies.

La festividad de los mártires de Valdecuna no ofrece particularidades de ningún género para que me detenga a decírtelas; pero en ella, como en todas las demás, tiene mucho en qué fijar la vista cualquier viajero. Los diversos trajes, edades y aposturas de los romeros, la devoción y recogimiento que se observa dentro de la iglesia, la algazara y el bullicio que por de fuera resuena, y los numerosos linajes de solaz y diversión que por todas partes se echan de ver, concurren a formar un cuadro confuso a veces, pero siempre variado y risueño.

Lo que exclusivamente fija la atención de los forasteros es el baile nacional del país, conocido por el nombre de *danza prima*, y que, en rigor de verdad, no debía apellidarse danza, porque se reduce a grandes corros de hombres y mujeres, que, separadamente, andan alrededor con suma pausa y lentitud asidos de las manos, columpiando el cuerpo hacia atrás y adelante al son de una canción uniforme y monótona en



demasiá, que suele ser un romance muy conocido en el país que comienza:

Válgame la Magdalena
Nuestra Señora me valga...

A los ojos de un observador frívolo y ligero, poca o ninguna gracia puede haber en un espectáculo tan igual y poco variado, pero un hombre reflexivo y pensador descubrirá en él, a primera vista, el sello de sencillez y de rudeza, si se quiere, que tan honradamente impreso aparece en todos los pueblos primitivos. Y a la verdad, poca diferencia pudieran hallar, en mi entender, los críticos más escrupulosos entre la danza prima y las danzas circulares que nos describe Homero, traslados ambos de Edades turbulentas y guerreras, más propias para aguijar y robustecer los ánimos caídos, que para afeminar los brazos y embotar el coraje.

En Asturias, por lo menos, fácilmente se trasluce el fondo alentador y belicoso de su danza, no sólo por el vigor de la música y alternativa respuesta de los coros, sino también porque al fin de la fiesta suelen encenderse las rivalidades de los concejos, en términos de no haber apenas función que no se acabe con palos y camorras. Sin embargo, a despecho del poco duelo con que se sacuden, suele haber pocas desgracias, porque la justicia y las personas de algún valer se ponen de por medio y restablecen el orden. Otra circunstancia hay también que notar, y que, a falta de otras pruebas, sería suficiente de lo que dejo dicho, a saber, que los hombres y las mujeres danzan siempre en corros separados, lo cual manifiesta que semejante desahogo antes era un marcial ejercicio que no mero pasatiempo y deleite. Además de la danza prima, que tengo por el rasgo más característico de este país, se baila también fandango, aunque menos generalmente.

Las demás diversiones de las romerías se reducen al tiro de barra y juego de bolos. Yo, por lo menos, en ninguna parte he visto las carreras a pie que tanto amenizan semejantes funciones en las montañas de León.

Algo me he detenido en bosquejarte tales escenas, porque son tan frescas, tan originales y sencillas, que si no te entretienen no es culpa de ellas, sino de mi tosca pluma. Procuraré concluir dándote una idea de las demás costumbres de este país y, sobre todo, de las de invierno.



Durante esta rigurosa estación, lo mismo que en el Sil, los hombres pasan el tiempo en cacerías o en alguna industria de menor cuantía, como es la fabricación de madreñas, de que surten las ferias de los países vecinos, y las mujeres pasan las noches del mismo modo que allí, hilando reunidas en la casa más holgada del lugar y entretenidas en cuentos y consejas propias de su extrema credulidad y llenas, por lo tanto, de portentos y maravillas. Dos cosas sólo te apuntaré en que creen ciegamente estas buenas gentes y con las cuales, desde luego, calcularás el sinnúmero de historias que se pueden hilvanar. Una de ellas es lo que llaman las *huestes* y la otra las *xanas*.

Es opinión muy válida entre la gente del campo, que por las noches suelen recorrer los despoblados extraña muchedumbre de luces ordenadas en simetría y misteriosa alineación, que caminan callada y lentamente y que amenazan con próxima muerte en el lugar al que se dirigen. A estas apariciones llaman *huestes*, y con lances que sobre su pretendida aparición se cuentan, se avivan en alto grado la curiosidad y el terror de los aldeanos.

La otra creación de su fantasía, aunque más limpia y risueña al parecer, no por eso les infunde menos interés y pavor. Dicen que hay una especie de lindas mujercitas de plata que salen por el agujero de las fuentes, que hacen coladas más blancas que la nieve y secan sus delicadas ropas a la luna, retirándose con ellas apenas se acerca algún importuno que les estorba en tan inocentes ocupaciones. A estas mujercitas, de un codo de estatura, misteriosas y llenas de poder en la mente de estos montañeses, señalaban con el nombre de *xanas*. La preocupación de las brujas, duendes y encantamientos no deja de ser común en España, pero estas dos creaciones fantásticas, que en ninguna parte sino en Asturias he hallado, parécenme de un origen remotísimo y que con facilidad pueden encontrarse entre las eternas noches de la Escandinavia.

Después de tantas menudencias como te llevo contadas, aún tendrás la indulgencia de oírme lo que te diga acerca de los trajes de esta provincia, que aunque varían en algunos concejos, en general se reducen a lo siguiente:



Gastan las mujeres pañuelos a la cabeza, con que se ciñen la cara y que atan por encima *a la candasina*⁹², como ellas dicen; *corros* de corales al cuello, cotilla de una tela graciosa atada por delante con un cordón de seda, almilla o jubón de paño negro suelto, saya de estameña, medias azules con bordado blanco o encarnado y zapato con hebilla. A los hombros, y por encima de todo, traen un gracioso dengue negro orlado de una cinta de terciopelo labrado, negra también.

El equipo de un hombre, más sencillo, por supuesto, se compone de montera, chaqueta y pantalón de paño pardo y de chaleco de pana negro, ni más ni menos que los que usan los honrados aguadores de Madrid, que abonan su país con su leal conducta en la capital de la monarquía.

Mucho más te dijera acerca del carácter laborioso y, a veces, emprendedor de esta gente, causa común de frecuentes emigraciones útiles en general y de lucrativo resultado, pero ya te tengo lástima y te dejo, si bien con la pesadumbre de guardar, amén de lo dicho, otras cosas de antigüedades, de artes y de poesía, que Dios querrá tal vez que salgan con el tiempo.

En resumen, yo estoy contento y satisfecho de mi viaje, así por lo bello del país, como por las muchas curiosidades que he encontrado. Sus moradores son apacibles, hospitalarios, fáciles en su trato, sencillos en sus costumbres, agudos en sus conversaciones, de ingenio presto y vivo, con sus puntas de malicioso y satírico.

Por lo demás, ¿qué quieres que te diga? En esta remota provincia he encontrado sensaciones nuevas y agradables que no esperaba por cierto, y mi antiguo mal humor me ha dado tales treguas, que no pienso que me mate Dios sin dar antes una vuelta por acá. Si dentro de poco nos vemos, como espero, te hablaré más largo; por hoy basta y aun creo que sobra.

Semanario Pintoresco Español, 2º serie, núm. 19, pp. 145-147, 12 de mayo 1839.

⁹² La 1ª edición dice “candasina”, que las posteriores corrigen equivocadamente por “candesina”. Atarse el pañuelo *a la candasina* significa a la manera de las mujeres de Candás. Bernardo y Larrea (1792) escribe sobre el pañuelo a la candasina: “Fueron las candasinas las que primero usaron el pañuelo apretadamente a la cabeza [...] Y de Carreño lo tomaron todas las demás de Asturias, llamando a semejante atavío pañuelo a la candasina...”, blog *Leyendas Asturianas* [N. del ed.].

